



## La fuente de la mora encantada

Manuel José Quintana

Oye, Silvio, ya del campo  
Se va a despedir la tarde,  
Y no es bien que aquí la noche  
Con sus sombras nos alcance.

Ya el redil busca el ganado,  
Ya se retiran las aves,  
Y en pavoroso silencio  
Se ven envueltos los valles.

Y tú en tanto embebecido,  
Sin atender ni escucharme,  
Las voces con que te llamo  
Dejas que vayan en balde.

¿Qué haces, Silvio, en esa fuente?  
¿Tan presto acaso olvidaste  
Que los padres nos la vedan,  
Que la maldicen las madres?

Mira que llega la hora;  
Huye veloz y no aguardes  
A que el encanto se forme,  
Y que esas ondas te traguen.

¡Vente!... Mas ya no era tiempo:  
La fascinadora imagen  
Reverberaba en las aguas  
Con sus encantos mortales.

Como ilusión entre sueños,  
Como vislumbre en los aires

Incierta al principio y vaga  
Se confunde y se deshace;

Hasta que al fin más distinta  
En su apacible semblante  
De sus galas la hermosura  
Hace el más vistoso alarde.

La media luna que ardía  
Cual exhalación radiante  
Entre las crespas madejas  
De sus cabellos suaves,

Mostraba su antiguo origen  
Y el africano carácter  
De los que a España trajeron  
El alcorán y el alfanje.

Mora bella en sus facciones,  
Mora bizarra en su traje,  
Y de labor también mora  
La rica alfombra en que yace,

Toda ella encanta y admira,  
Toda suspende y atrae  
Embargando los sentidos  
Y obligando a vasallaje.

Mirábala el pastorcillo,  
Entre animoso y cobarde,  
Queriendo a veces huilla  
Y a veces queriendo hablalle;

Mas ni los pies le obedecen  
Cuando pretende alejarse,  
Ni acierta a formar palabras  
La lengua helada en las fauces.

Sólo la vista le queda,  
Para mirar, para hartarse  
En el hermoso prodigio  
Que allí contempla delante.

Ella al parecer dormía;  
Mas de cuando en cuando al aire  
Unos suspiros exhala  
De su seno palpitante,

Que en deliciosa ternura  
Convierten luego y deshacen

El asombro que su vista  
Causó en el primer instante.

Y abriendo los bellos ojos  
Tan bellos como falaces,  
A él se vuelve, y querellosa  
Le dice con voz suave:

-«¿Viniste al fin? ¡Qué de siglos  
De esperanzas y de afanes.  
Me cuestas! ¿Dónde estuviste  
Que tanto tiempo tardaste?

Mírame aquí encadenada  
Por la maldición de un padre  
A quien dieron las estrellas  
Su poder para encantarme.»

«Vive ahí, me dijo irritado,  
Ten esa fuente por cárcel,  
Sé rica, pero sin gustos,  
Sé hermosa, pero sea en balde.

Enciéndante los deseos,  
Consúmante los pesares,  
De noche sólo te muestres  
Y el que te viere se espante.

Y pena así hasta que encuentres,  
Si es posible que le halles,  
Quien ahí osado se arroje  
Y entre esas ondas te abrace.»

Ya otros antes han venido,  
Que, pasmados al mirarme,  
El bien con que les brindaba  
Se perdieron por cobardes.

No lo seas tú: aquí te esperan  
Mil delicias celestiales,  
Que en ese mundo en que vives  
Jamás se dan ni se saben.

Ven, serás aquí conmigo  
Mi esposo, mi bien, mi amante;  
Ven...» y los brazos tendía  
Como queriendo abrazarle.

A este ademán, no pudiendo  
Ya el infeliz refrenarse,

En sed de amor abrasado  
Se arroja al pérfido estanque.

En remolinos las ondas  
Se alzan, la víctima cae,  
Y el ¡ay! que exhaló allá dentro  
Le oyó con horror el valle.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

